

mo buenos católicos, conforme á los edictos (8 de diciembre).

Si el rey daba cuartel á los vencidos, los aldeanos, en cambio, mataron tantos como pudieron. El duque de Guisa y el marqués de Pont-à-Mousson, hijo del duque de Lorena, los persiguieron hasta cerca de Ginebra y se arrojaron luego sobre el condado de Montbelliard, en donde incendiaron más de 100 aldeas y vengaron á costa del conde, «que es gran calvinista,» la devastación de la Lorena.

Los miramientos de Enrique III sublevaron la opinión: los fanáticos se indignaron «ante ese desordenado favor á gentes que lo merecían tan poco, puesto que habían arruinado, incendiado y saqueado toda la Francia;» y por más que los realistas dijeron que los ligeros gritaban contra los raitres, pero que el rey era quien los expulsaba, el duque de Guisa fué considerado como el vencedor de los herejes, y sus pequeñas victorias de Anneau y de Vimory le conquistaron el título de campeón del catolicismo. La debilidad de Enrique III destruyó el resto de confianza que todavía tenían en él las masas; y los ligeros repetían en voz baja que «los raitres habían sido reclutados, pagados y licenciados por el rey,» aduciendo como prueba de su aserto «el buen trato que les dispensaba.»

CAPITULO VIII

LA JORNADA DE LAS BARRICADAS (1)

- I. Progresos de la Liga.—II. Sublevación de París.
III. Sumisión del rey

I.—Progresos de la Liga

En tanto que protestantes y católicos luchaban á mano armada en el Oeste y en el Mediodía, la Liga había continuado su propaganda y aprovechado todas las faltas y debilidades del rey. Los pequeños burgueses, los artesanos y los ganapanes y hasta los aldeanos se alistaban, se ponían el casco y el coselete, y mientras

(1) FUENTES: *Registres des délibérations du Bureau de la Ville de Paris*, publicados por Bonnardot, IX, 1902. *Dialogue d'entre le Maître et le Manant: contenant les raisons de leurs débats et questions en ces présents troubles au royaume de France*, 1594. *Mémoires de la Ligue*, 1758, II. *Archives curieuses*, XI. *Mémoires-journaux de L'Estoile*, II y III, 1875-76. *Le Procès Verbal de Nicolas Poulain, L'Estoile*, III, págs. 345-371. *Les belles figures et drôleries de la Ligue*, L'Estoile, IV. *Mémoires d'Etat de Villeroi*, 1665, I. *Les Oeuvres d'Etienne Pasquier*, 1723, II. *Mémoires de Cheverny*, Mich. y Puj., 1.^a serie, X. Palma Cayet, *Chronologie novenaire*, Introducción. *Mémoires de De Thou*, Mich. y Puj., 1.^a serie, IX. Desjardins, *Négociations diplomatiques de la France avec la Toscane*, IV. *Vie de Jean Chandon... président du Grand Conseil... conseiller d'Etat sous Henri III et Henri IV*, publicado por uno de sus sobrinos en tercer grado M. P. C. de B. (M. P. Chandon de Briailles), Techener, 1857. De Thou, *Histoire universelle*, X. Pedro Matthieu, *Histoire des derniers troubles de France depuis les premiers mouvemens de la Ligue jusques à la cloiture des Estats à Blois le seizieme de janvier 1589*, Lyon, 1597.

OBRAS DE CONSULTA: Bouillé, *Histoire des Guise*, III. Forenón, *Les ducs de Guise*, II. Cougny, *Etudes historiques et littéraires sur le XVII^e siècle. Le parti républicain sous Henri III d'après des documents nouveaux*, «Mémoires lus à la Sorbonne, Histoire et Philologie, 1886.» Zeller, *Le mouvement guisard en 1588. Catherine de Médicis et la journée des Barricades* (mayo-junio, 1588), Orléans, 1903. Robiquet, *Paris et la Ligue*, 1886. Girard, *Histoire de la vie du duc d'Epemon*, 1655.

esperaban el momento de la batalla se ostentaban públicamente: «insolentes, acuchillando, sediciosos, poniéndolo todo en desorden, diciendo: ¡Sús! ¡Matémoslo todo, ya no tenemos rey! ¡Viva la libertad!»

Uno de los que con más ardor manifestaban su descontento era maese Francisco Le Bretón, oriundo de Poitiers, abogado de París, hombre de bien y caritativo, pero violento, y amigo del atrevido predicador Poncet. Un día en que perdió un pleito que consideraba justo, injurió á los jueces, y habiendo sido reprendido, elevó sus quejas al rey que no se dignó escucharle. Esta indiferencia le llevó á la oposición, publicando entonces un folleto en el que llamaba á Enrique III «uno de los mayores hipócritas que han existido,» el mono de los reyes virtuosos; preconizaba como único remedio de los males que padecía el reino una asamblea de Estados generales, de la que estuvieran excluidos los funcionarios del rey, y proponía que en el entretanto se restituyeran á las ciudades todas sus franquicias. Con la intollerancia propia de los reformadores, quería tratar como enemigos públicos á los adversarios de la autonomía comunal: «Se les despedazará y su nombre y su familia serán para siempre borrados con confiscación de bienes y de personas sin consideración á ninguna grandeza... Es preciso perseguirlos.»

Enrique III mandó procesarle y el Parlamento le condenó á muerte, pero recomendándolo á la regia indulgencia porque no tenía la cabeza sana. El rey no quiso indultarlo y Le Bretón fué estrangulado y ahorcado en el patio del Palacio de Justicia (2 de noviembre de 1586) por miedo de que se produjera un motín para libertarlo en el trayecto de la cárcel á la plaza de Greve; y cuando su cadáver fué conducido á la horca de Montfaucón, el pueblo besó los pies y las manos del ajusticiado. Estas ejecuciones, que fueron poco frecuentes, anmentaban el odio sin inspirar temor. En las masas miserables germinaban los más violentos proyectos y en ellas tenía la Liga una multitud de adeptos que por afición al desorden ó por fanatismo conspiraban para secuestrar al rey y hasta para matarle. A los prudentes costóles gran trabajo hacer entrar en razón á esos exaltados.

Los partidarios de la acción acogieron con entusiasmo á Mayenne, que, de regreso del Oeste, se jactaba mucho de sus campañas y de sus victorias, y le pusieron al corriente de su organización y de sus planes, que consistían en sorprender la Bastilla, el grande y pequeño Chatelet, el Temple y las Casas Consistoriales y bloquear el Louvre. El rey, advertido por sus espías, adoptó ostensiblemente varias medidas de defensa, instalando algunas fuerzas en el grande y en el pequeño Chatelet y en el Arsenal, en vista de lo cual Mayenne resolvió salir de París (20 de marzo de 1587).

Al duque de Guisa no dejó de disgustarle la calaverada de su hermano y se quejó de que se quisiera hacer algo sin consultarle; y sus reproches y el lamentable fracaso del complot sirvieron de lección á los impacientes, los cuales prometieron mostrarse en lo sucesivo más prudentes y más dóciles.

La Liga dió impulso á su propaganda. Ya en el momento de su formación había enviado á Ameline, hombre entendido y buen negociador, á Chartres, á Orléans, á Blois y á Tours para reclutar partidarios; y después

de su equivocación del mes de marzo, mandó nuevos emisarios á las provincias con memorias é instrucciones, en las que acusaba al rey de hacer entrar en Francia un ejército de raitres herejes para entregarle como presa los católicos, en sus personas y en sus bienes.

Los jefes del partido proponían que los miembros de las «comunidades» católicas, especialmente de las que estaban más directamente amenazadas, como París, Ruán, Lyon, Orléans, Bourges, Amiéns, Beauvais y Peronne, enviasen una diputación al rey para suplicarle que reuniese las fuerzas necesarias á la defensa del reino y ofrecerle un socorro de 2.000 hombres de á pie y 4.000 caballos. Si el rey no autorizaba estas levadas, no por eso dejarían de realizarse en caso de invasión, «y de esta manera el rey se verá obligado á reconocer el ejército católico ó á declararse abiertamente enemigo del mismo.» Este ejército hará frente á los invasores y «estará mandado y dirigido por los hidalgos y capitanes católicos destinados á las provincias y ciudades, las cuales podrán, si el rey se niega y contradice, tomar por jefe á un príncipe católico.» Si Enrique III falleciese sin hijos (Dios no lo quiera), los católicos se reunirán entre París y Orléans y serán convocados los Estados generales, que elegirán al cardenal de Borbón, «tanto porque es príncipe muy católico y enemigo de los herejes, cuanto porque es príncipe francés, bondadoso, agradable y virtuoso, de la raza antigua de los reyes de Francia, (lo) que le hace muy recomendable no como heredero y sucesor, por estar muy lejano en grado, sino capaz de elección y de la honesta preferencia por su religión y sus virtudes.» En el momento en que el trono quedara vacante, se avisaría en seguida al Papa y al rey de España «á fin de que, en caso necesario, su santidad nos asista con su santa bendición y el rey católico con sus fuerzas y medios.» En el entretanto, era preciso atraerse al mayor número posible de gentes de bien, hidalgos, ciudadanos, eclesiásticos, predicadores, que inspiraban confianza al pueblo, é instituir en cada ciudad un comité de acción compuesto de seis miembros que se reuniese una ó dos veces por semana para examinar los asuntos de fuera y el éxito de la propaganda; las ciudades habían de obrar de perfecto acuerdo con los príncipes católicos cuyas intenciones garantizaba la Liga, uniéndose unas y otros por medio de un juramento solemne de ayuda recíproca y de fidelidad común á la religión, y dejando las ciudades á los capitanes el honor del mando y de la dirección de los ejércitos y reservándose para sí el reclutamiento de los soldados y la elección de los capitanes «particulares.» La administración de la justicia y la gestión financiera corresponderían á un consejo compuesto de personas de los tres Estados.

La Liga hacía prestar á sus afiliados una nueva fórmula de juramento, por la cual prometían obedecer al rey «mientras se muestre católico y no favorezca á los herejes;» consagrar sus bienes y sus vidas á conservar la religión católica y romana, y á impedir el advenimiento de Enrique de Borbón, «de sus semejantes y adeptos;» no abandonarse jamás los unos á los otros, y unirse «para la defensa mutua así de la más pequeña de las ciudades asociadas como de la más grande.»

Cada orden sacaría su parte de provecho de la victoria: el Clero ganaría con ella la reforma de los abusos, el restablecimiento de sus dignidades, franquicias y pri-

vilegios y la publicación del Concilio de Trento; y la Nobleza, «apoyo principal de este reino después de Dios,» su reintegración en su antiguo esplendor y la conservación de sus méritos, libertades, prerrogativas y franquicias honradas y virtuosas. En cambio, los dos primeros órdenes ayudarían al Tercer Estado á depurar la justicia, «especialmente los tribunales supremos, llenos, en su mayor parte, de corrupciones, herejías y tiranías;» á devolver á las corporaciones y comunidades de las buenas ciudades sus antiguos privilegios, libertades, honores y franquicias; y á remediar las intolerables miserias que hoy oprimen bárbaramente de mil modos al pobre y común pueblo, alimentador de todos los demás estados.» Programa de oposición que proponía la regresión al Estado de la Edad media, con su monarquía limitada, su Clero poderoso, su Nobleza independiente y sus municipios autónomos, sin preocuparse de las contradicciones y sin preguntarse si el Pueblo, la Burguesía y el mismo Clero tenían motivos suficientes para echar de menos aquel pasado.

Los ligeros parisenses recomendaban á los consejos provinciales que estuvieran en comunicación constante con la capital, en donde habían establecido una especie de servicio de los asuntos de provincias; y cuando los delegados de las buenas ciudades llegaban á París, eran recibidos por agentes especiales, casi siempre de la misma región que ellos, con lo cual no tardaban en ponerse de acuerdo y en concertar los planes convenientes. De este modo Lyon, Tolosa, Orléans, Burdeos, Bourges y Nantes se habían entendido con París para la defensa de la religión católica.

En París, la Liga no omitía medio alguno de excitar la opinión, y si hemos de dar crédito á lo que dice De Thou, los sacerdotes se negaban á absolver á los que no querían adherirse á la Santa Unión. Los predicadores pronunciaban violentos sermones censurando los actos, las costumbres y la ortodoxia de Enrique III, el cual hubo de imponer á Poncet, párroco de San Pedro de los Arcis, un destierro de algunos meses. No todos estos predicadores eran hombres de buena fe como Poncet; así el párroco de San Benito, Boucher, mentía á sabiendas cuando acusaba al rey de haber hecho matar, para hacerle callar, á Burlat, teólogo de Orléans. La hermana de los Guisa, madama de Montpensier, que profesaba á Enrique III un odio mortal, se jactaba de gobernar á esos tribunos del púlpito y afirmaba que hacía más ella con sus sermones que sus hermanos con sus armas.

Esta dama explotó la emoción que había producido en Francia la ejecución de María Estuardo (18 de febrero de 1587), y por consejo suyo, Juan Prevost, párroco de San Severino, expuso en el cementerio de su parroquia un inmenso cuadro en el que estaban representadas, en una serie de conmovedoras escenas, las persecuciones que por la fe sufrían los católicos ingleses: prisión de hidalgos y de nobles damas, desfile de sacerdotes arrestados junto al altar y paseados, para mayor irrisión con sus trajes sacerdotales por las calles y plazas públicas; registros nocturnos practicados por los soldados en las casas de los fieles con todo el aparato de golpes y violencias. Algunas de aquellas escenas reproducían el espectáculo de las torturas infligidas en las cárceles: tormento, dislocación de los miembros,

colgamiento por los pies; otras, la ejecución pública: colocación en la picota, operación de atravesar las orejas con un hierro candente, paseo sangriento á rastras de una carreta y acompañado de latigazos; y finalmente otras, la muerte en la horca, el descuartizamiento de los cadáveres, calientes todavía, la cochura en la caldera, la distribución de estos restos humanos entre las diversas puertas de Londres, y la exposición en el puente de la ciudad de las cabezas de los ajusticiados puestas en la punta de una pica.

No hay que decir el efecto que esas pinturas causaban en el pueblo de París, católico y en extremo excitable: todos los días acudían á San Severino multitudes inmensas, y no faltaban seguramente cicerones para explicar y comentar que aquellos verdugos de los católicos ingleses eran los aliados de los hugonotes franceses, que tal era la suerte reservada á Francia si algún día subía al trono Enrique de Bearn, y que únicamente la guerra, una guerra implacable, podía evitar todos estos males. Pero el mismo rey, que secretamente favorecía á los herejes, ¿qué sentimientos merecía inspirar?

A Enrique III le disgustaba que aquellas irritantes pinturas permanecieran allí expuestas desde el 23 de junio al 9 de julio (1587); y cuando se decidió á mandar quitarlas, fué preciso hacerlo de noche.

Al fin resolvió encarcelar á tres de los predicadores más violentos, entre ellos al propio Juan Prevost (2 de septiembre de 1587). Los ligueros, al tener de ello noticia, empuñaron las armas y tocaron á rebato; Choullier, Senault, Crucé y Bussy-Leclerc ocuparon los puentes que ponían en comunicación el barrio de la Universidad con la ciudad y la orilla derecha, mientras otros se fortificaban en la casa del notario Hatte, en la encrucijada de Saint-Severin. El teniente civil Seguier, que con gran número de alguaciles y comisarios trató de forzar las puertas del edificio, fué rechazado; y los guardias del rey, que también lo intentaron, no fueron, según parece, más afortunados que aquél. D'Epernon, el canciller y Villeroy excitaban á Enrique III á que adoptara medidas enérgicas y le aconsejaban que mandase ahorcar á Bussy-Leclerc y á sus compañeros; pero prevalecieron los consejos tímidos y Bussy por todo castigo hubo de ausentarse de París durante algún tiempo (2 de septiembre de 1587).

En aquella «feliz jornada de San Severino» la Liga se convenció de su fuerza; las victorias de Auneau (26 de octubre) y de Vimory (24 de noviembre) aumentaron su audacia; y las consideraciones con que Enrique III trataba al ejército de invasión hicieron crecer su odio y sus sospechas. El rey seguía desafiando la opinión, y el duque de Epernon, que desde la muerte de Joyeuse había acaparado el favor real, era tanto más detestado, cuanto que se le tenía por partidario del rey de Navarra y de la sucesión protestante y que no había exterminado á los suizos y á los raitres puestos en fuga. Y como á pesar de esto fué recompensado con el gobierno de Normandía que generalmente se daba á un hijo del rey ó á un príncipe de la sangre, este favor pareció una nueva prueba de la perfidia del monarca.

Guisa, á fin de tener un pretexto para continuar en armas, á su regreso de la persecución de los alemanes fué á poner nuevamente sitio á Jametz (enero de 1588).

Los príncipes católicos reunidos en Nancy (enero-febrero de 1588) determinaron las medidas que querían imponer á la aprobación regia y que eran: destitución de todos los funcionarios considerados como sospechosos por la Liga, fuesen cuales fueren su categoría y su dignidad; publicación del Concilio de Trento; establecimiento de la Inquisición en las buenas ciudades, y ejecución de todos los herejes hechos prisioneros que no prometiesen vivir católicamente en lo sucesivo.

No ocultaban los ligueros su alianza con Felipe II, cuyos proyectos apoyaban abiertamente. El rey de España se disponía á hacer partir la escuadra que había de embarcar en los Países Bajos á las tropas del duque de Parma y arrojarlas á las costas de Inglaterra: era esta la gran idea de aquel reinado y su ejecución había de inferir un golpe mortal á Isabel y á su Iglesia y de rechazo al protestantismo europeo. Los Lorena se ponían con entusiasmo al servicio de un plan que vengaba á María Estuardo y preparaba el triunfo de su causa. El duque de Aumale había conquistado la mayor parte de las plazas fuertes de Picardía para asegurar á la Armada Invencible los puertos y los recursos de aquella provincia, y aun trató de apoderarse por sorpresa de Boloña, que era el mejor puerto de aquellas costas; pero Bernet, que mandaba en aquella ciudad en nombre del duque de Epernon, burló sus astucias y recibió á sus soldados á cañonazos. Enrique III, que seguía con inquietud los formidables armamentos de España, no quería dejar á la disposición de Felipe II las costas en donde pudiera abordar la escuadra española; así es que en cuanto supo la muerte del príncipe de Condé (marzo de 1588), gobernador propietario de Picardía, dió por sucesor al duque de Nevers que se había separado de la Liga; pero el duque de Aumale se negó á abandonar su puesto.

II.—Sublevación de París

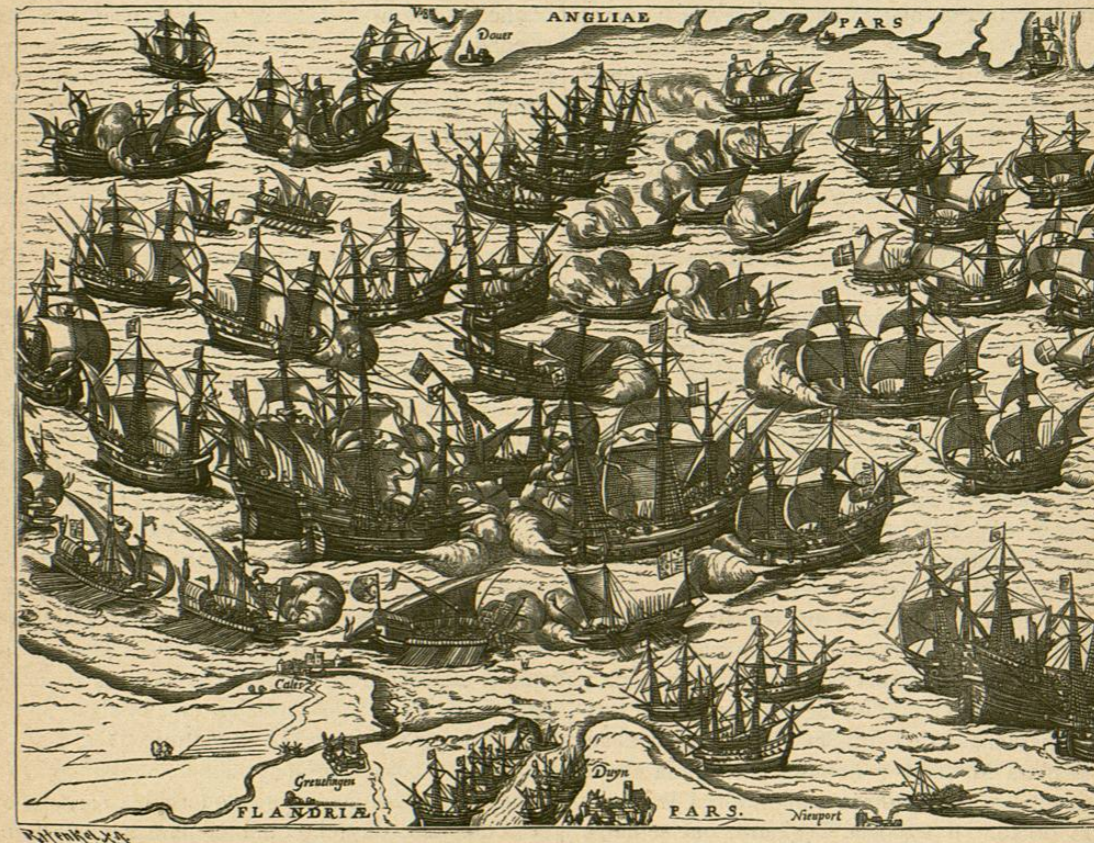
Las negociaciones que se siguieron en Soissons no llevaban trazas de venir á parar en una solución satisfactoria (abril). Los jefes de la Liga querían ser los amos, y el rey, en cambio, opinaba que había hecho demasiadas concesiones. Su debilidad sólo había servido para envalentonar á sus adversarios que en pleno París perseguían á D'Epernon, y sus espías le denunciaban reuniones secretas y hasta un complot para introducir en la ciudad á quinientos ó seiscientos jinetes mandados por los duques de Aumale y de Guisa. En vista de ello, Enrique III reforzó sus guardias y llamó á los suizos que se encontraban en Lagny, alojándolos en el arrabal de Saint-Denis.

Los ligueros, por su parte, estaban convencidos de que algún día se cansaría el rey de sus insolencias, y por esto apremiaron con súplicas y hasta con amenazas al duque de Guisa para que acudiera cuanto antes. Al mismo tiempo, Enrique III le hacía decir por Bellievre que no se presentara si no quería que se le tuviese por autor de las «emociones» de París; pero, á pesar de esta prohibición, el duque salió de Soissons el 8 de mayo, con ocho ó diez compañeros, y corriendo toda la noche entró á la una de la tarde del día siguiente por la puerta de Saint-Denis.

Habíase calado el sombrero hasta los ojos y oculta-

ba el rostro en su capa; mas habiéndole uno de los hidalgos que le acompañaban quitado el sombrero por broma y diciéndole que al llegar á la posada sería preciso darse á conocer, la población comenzó á aclamarle á los gritos de «¡Viva Guisa! ¡Viva el pilar de la Iglesia!» Y hasta una doncella que estaba en una tienda se quitó la careta y dijo en alta voz estas propias palabras: «Puesto que estás aquí, todos estamos salvados.» Atravesando la multitud que acudía presurosa y contenta de verle y de tocar su capa, Guisa avanzó lentamente hasta la residencia de la reina madre (en el convento

tivamente en la ciudad en donde permanecían dispuestos á todo evento. En vano ordenó el rey á la «Dirección de la ciudad» que vigilara las puertas y las posadas; la complicitad de la población protegía á los intrusos. Entonces resolvió el monarca hacer una inspección más exacta, y á fin de disponer de las fuerzas necesarias para esta operación de policía, mandó introducir en la ciudad, violando el privilegio que ésta tenía de guardarse á sí misma, el regimiento suizo de Galati y los guardias franceses acantonados en el arrabal de Saint-Denis. ¿Quería limitarse á esto? Y aun en el caso



La Armada invencible, copia de un grabado en cobre de F. Hogenberg

de las jóvenes arrepentidas, calle de Saint-Honoré), la cual, aunque no le ocultó que habría preferido verle en otra ocasión, le recibió bien y se brindó á acompañarle ella misma al Louvre.

Por un momento, el rey, ofendido por aquella bravata, estuvo tentado de castigar al duque, y Alfonso Ornano, pronto á interpretar esa inspiración de la cólera, le propuso traerle la cabeza del rebelde; pero el monarca sintió miedo ante aquel ofrecimiento. En esto llegó el de Guisa, y habiéndole el rey, pálido de ira, preguntado por qué se había permitido venir contra su orden, contestóle, para disculparse, que no lo habría hecho si se lo hubiesen prohibido expresamente. Entonces intervino en la discusión la reina madre.

El duque salió de aquella peligrosa entrevista más osado aún que antes, y Catalina, que quiso negociar con él la solución de los asuntos de Picardía, nada pudo obtener. Los ligueros notables iban entrando uno tras otro en París: había llegado el arzobispo de Lyon, Pedro de Epinac, «el inteligente agente de la Liga,» y multitud de capitanes y soldados habían penetrado fur-

de no abrigar otra intención que la de ser el más fuerte, ¿no sentiría tentaciones, contando como contaba con los medios necesarios, de castigar á sus enemigos?

Las últimas medidas se adoptaron en una reunión que celebraron en las Casas Consistoriales los funcionarios del rey y los miembros de la municipalidad adictos á la corte. En la noche del miércoles (11 de mayo), las compañías de milicia ciudadana, que parecían las más fieles, pusieron en movimiento para ocupar los puntos estratégicos, los puentes que ponían en comunicación la Cité con la Universidad, la plaza de Greve y el cementerio de los Inocentes; pero la población sentíase alarmada con la aproximación de las tropas. De las once compañías que debían situarse en el cementerio de los Inocentes, cuatro se negaron á dejarse encerrar y fueron á acampar en la calle de Saint-Honoré y en la de Feurre; allí las encontró d'O, gobernador de París, á la una de la madrugada mientras hacía la ronda, y habiéndose extrañado de que hubiesen abandonado su puesto, los soldados replicaron que estaban allí para proteger á sus mujeres, á sus hijos y